

LA COQUETA.

Bella, elegante, luciendo siempre caprichosos trajes, derramando gracia y esparciendo provocativas miradas y sonrisas, pasa su vida rodando de un séquito de necios que cifran su ventura en servirle de distracción.

No tiene corazón, ó al menos cree no tenerlo, porque nunca ha sentido las dulcísimas y profundas emociones que despierta en el alma un cariño sincero y leal.

Para ella el amor es un juego, en el que siempre gana porque nada arriesga en él.

Juzga á los hombres como un hato de imbeciles á quienes gobierna á su capricho con una sola palabra. Con todos se divierte, con todos ríe, con todos charla; pero no siente por ninguno el más mínimo afecto, y si alguna vez demuestra momentánea preferencia, es por aquel que más indiferente aparece ante sus encantos, y esa preferencia dura lo que tarda ese hombre en caer, como los demás, apasionado y suplicante á sus pies, implorando una cariñosa mirada; porque para ella no hay en todo mas que la cuestión de amor propio y no comprende ni puede sufrir que haya quien resista á sus atractivos; pero su corazón no toma parte en esas luchas; permanece mudo y frío como un trozo de mármol, desempeñando únicamente las funciones que la naturaleza le ha señalado en el organismo animal.

Y así se suceden para ella los días y los años, y esa es su vida mientras están de su lado la juventud y la belleza; pero cuando el tiempo ha acabado con éstas; cuando el rostro ha perdido sus hermosos colores y el suave terciopelo del cutis se ve reemplazado por horribles arrugas que mal disimulan los afeites, esa mujer comprende, ya tarde, que ha desperdiciado su vida, que ha sido un sér no solo inútil sino perjudicial, y aunque no se arrepienta del mal que ha hecho, entonces comienza su castigo, porque los horribles tormentos de la más negra envidia le despedazan el alma al ver en otros hogares y en otras mujeres la tranquilidad y la dicha que á ella también le brindó la suerte, y de las cuales no goza porque las despreció estúpidamente no escuchando más que la voz de la vanidad.

Y así va caminando al sepulcro, en medio de las risas y sarcasmos de los que conocen su historia, con el alma llena de insensato odio para todos y convencida al fin de que al pretender burlarse de los tontos, no ha logrado otra cosa que hacerse á sí misma la más sangrienta burla, resultando en realidad más tonta que los demás.

Su Excelencia.

¿Quién es él? ¿De donde vino? ¿Qué antecedentes tenía?

Poco se puede contestar á esto. Hace tres lustros, poco más ó menos, un vapor español lo dejó en los escalones del muelle de Veracruz.

No traía partida de bautismo. Acaso la había dejado al cura de algún Saladero de más allá del mar.

A haberla tenido, habriase sabido cuál fue el pueblo que tuvo la honra de poseer la cuna de tan conspicuo hombre.

Pero por su tipo, sus modales y su acento, parecía hijo de una de esas hermosas perlas que parecen regadas al acaso á la entrada del Golfo de México, y más particularmente nacido en esa que aun forma el florón más hermoso de la corona que tantas joyas americanas poseyó.

Lo más probable es, que su cuna se meciera bajo algún esbelto cocotero y entre las ramas de un espeso tabacal.

¿Por qué abandonó su patria, siendo tan hermosa?

En estos tiempos hay más caballeros andantes de los que se cree: ingleses demasiado exigentes; deudas de cierto género imposibles de saldarse amigablemente... tantas circunstancias hay que obliguen á emigrar en busca de fortuna ó asilo, que difícilmente es averiguarlo.

Lo cierto es que nuestro hombre desembarcó con una mano en la proa y otra en la popa, sin tener en los bolsillos de babor y de estribor una sola moneda y completamente desorientado, pues la brújula la había perdido.

Pero no por esto se desanimó, que aquí hace letra todo aventurero atrevido y resuelto.

Como pudo viajó, y como pudo vivió, hasta que un día que la necesidad tenía más cara de hereje que otras veces, encontró en las profundidades de su cerebro una idea luminosa.

—Seré escritor! se dijo saltando de gozo.

Querer es poder, lector, y aquel hombre que quiso ser escritor, sin saber leer ni escribir, lo fué.

La fortuna, cansada de mostrarse esquiva, le sonrió, y el hombre empezó á subir como la espuma; estaba en su elemento.

Tuvo un periódico propio. De aquellos que nadie lee; y aquel hombre que quiso ser escritor, sin saber leer ni escribir, lo fué.

Quiero decir, encontró una oportunidad que ni mandada hacer.

Ofrecióse la ocasión de halagar el amor propio de un hombre con más va-

nidad y soberbia que pelos tenía en la peluca, y nuestro hombre no la desaprovechó.

—¿Que había de desaprovechar! El, que era vanidoso nada más, quedó convertido, gracias á la pluma nueva de acero que el aventurero usó, en un genio, en una notabilidad, en un monstruo de talento, habilidad y sabiduría.

El Rubicón estaba pasado! El aventurero, el escritor sin lectores, el hijo de la manigua empezó á navegar, viento en popa, guiado por el Mecenas que su adulación le deparó, hasta que logró surcar las tranquilas aguas del mar del presupuesto.

—¿Qué suspiro de satisfacción tan inmenso lanzó!

Para borrar hasta el último recuerdo del pasado, no quiso que lo cobijase más el pabellón: gualda y oro y se tornó en hermano nuestro, diciendo filosóficamente.

—Donde la paces y no donde naces. Pero el demonio de la ambición lo tentó y quiso como Ulises, recorrer el mundo y estudiar á la humanidad.

Su Mecenas, complaciente hasta donde más, dióle gusto á su capricho y un día el que llegó á Veracruz como un desconocido y con la frente abatida por la suerte, salió del puerto con la frente erguida.

Iba muy lejos, recorrió las fértiles llanuras que baña el Ródano; se sació de contemplar el hermoso Mediterráneo, recorrió innumerables veces el muelle de la Combiere á donde llega el comercio del mundo, se alojó en la Ciudad de las siete colinas, llegó al Quirinal, admiró las minas del Coliseo, recorrió la Europa y un día creyó morir de felicidad al oír que un uigier tieso y grave le llamó.

—¡Excelencia!

—Eso era más de lo que había soñado! Continué sus viajes ya provisto de ese título que tan dulce sonaba en su oído y tornó al Nuevo Mundo.

Pero no todo es completo aquí ni la felicidad y el día menos, imaginado recibió una carta lacónica.

—Vuelva usted porque ya no hay lastre.

Y tornó á la tierra que lo acogiera cuando era pobre y vive en ella, poco contento, pues anhela proseguir sus viajes.

Y entre tanto roe con desdén un hueso que le tocó para que el spleen no lo matara.

CAROCHE.

LA CANCIÓN DE LA FORTUNA.

Con tristeza que desgarra el alma y las dos orejas, así lanzaba sus quejas Fortunata en su guitarra:

En las mañanas preciosas de mi infancia, Doña Bruna, antes de correr fortuna corría tras las mariposas.



Canzado de la carrera, Imité á Pedro Faroles,



corrí tras de los frijoles chasqueando á la cocinera. Crecí, vi..... ¡no te me enojés! Oh San Dimas, por tu gremio!



que unos se sacan el premio, y otros se sacan relojes.

Y hasta flaco me al ver, por mi ma



que como una fea doncella mi billete ha caducado!

OIGA USTED, LECTOR:

—Dispense que le distraiga su atención. No voy á echarle un sablazo, porque el sable ya está más desacreditado que la espada de Santa Catarina, que relumbra pero no corta, y que la carabina de Ambrosio, que ni siquiera relumbra.

Ahora ya sólo Tuxtepec sabea, y eso nada más con las manos de nana *Psicología* y de *Tía Amistisidad*.

Lo que yo deseo es decirle á usted que si llega á su vista el retrato de un tipo de tantos como tengo en mi cartera de dibujante, en mi cámara oscura y en el fondo de mi linterna diabólica, y como tantos que andan por ahí codeándose con la gente honrada, aunque me esté mal el decirlo, no vaya usted á creer que es el retrato del honorable magistrado á quien vió usted ayer salir del Tivoli en brazos de los meseros, para montarlo en su coche, ni de su señoría el diputado á quien todavía no logra usted oírle hablar en la Cámara, ni del *sabio* periodista á quien el Ministro le encarga el lustre de su cartera y de sus zapatos.

Estos son ya tipos tan conocidos, que los plumistas amistosos no pueden salir de sus retratos, ni vendiéndolos al peso en las tiendas de abarrotés.

Los retratos que tú, lector, verás en mi galería, en mi album, detrás del telón corrido, son de hombres serios, y tanto, que no se meten para nada con la patria, ni con el pueblo, ni con la democracia, ni con la legislación, ni con el bien público; con nadie más que con la misericordiosa Tesorería.

Pero te juro, lector, que yo no los pinto, por la sencilla razón de que ellos se pintan solitos, y hasta dan noticia de su apreciable familia para que les hagan su biografía.

Sin embargo, yo pinto la familia, no el individuo. Si resulta que algún *prototipo* sale tan parecido á él mismo que no le falta más que carne y hueso, la culpa es suya por parecerse al figurín, aunque él no sea el figurín.

Para evitar esto en lo posible, haremos dos cosas: estirarles las orejas y la cola á los tipos, para que no se confundan con las mujeres y los hombres públicos, y ponerles al pie un rotulito que diga: "Este no es aquel que ustedes saben."

En fin, al que le venga la jeringa, que le aproveche; y si repela, á confesión de parte, relevo de prueba.

YO MISMO.



Arlequín, un científico que tiene en sus vestidos los colores de todos los partidos políticos á que han pertenecido sus corifeos, está flaco porque dice que tiene "hambre y sed de justicia," y asegura que va á echar á rodar la reelección, para tomar él el Poder, alumbrado por sus *luces*..... de Bengala.

Y está pidiéndole sus luces al ángel de la ciencia, cuando eitate ahí que viene el Partido reeleccionista.....



y embarrica ese caudal de ciencia, para mandárselo al Sr. Búlnes! A ver si así no se hace de rogar y vuelve á la *lucha* política.

¡POR LAS PRISAS!

No soy como aquel que volviendo después de un año con los huevos que le había encargado su mujer, tropezó en el quicio, cayó con ellos y se le estrellaron en la puerta, exclamando:

—¿Ya ves, hija? ¡Por las prisas!

No soy tanto así; pero mortificado por haber anunciado mi salida y temiendo no cumplir, me presento al fin aunque sin todo el caudal de *vistas disolventes* que descarrilaron en manos de un grabador *Interoceánico*.

Cualquier nene tropieza al empezar á andar, y éstos son mis primeros pasos. Mas ya veredes, como dijo Agrajes, para mis siguientes números: se han de reir ustedes con tan *monitos* como han de ver. ¿No es verdad?

El Casado.

Cargo el avantador, la sal, las velas Las tortillas, la carne, los cocoles, Las lechugas, los rábanos, las coles, Las cucharas, las ollas, las cazuelas.

Cargo también la escoba, las pajuelas, El carbón, la manteca, los frijoles, Y acalorado así, por esos soles Suelo cargar hasta dolor de muelas.

Así rendido, triste y fatigado Cargando á mi mujer doy testimonio De que casado soy. ¡Pobre casado!

Mas valiera cargar con un demonio, Que sin gran prevención haberme entrado Al estado del santo matrimonio.

El Empleado.

Poco suecido de muchos criticado, Trabajo de muy pocos conocido, En una concurrencia confundido, Y para las pensiones bien filiado.

Con fatigas y empeños colocado Al cabo de mil años ascendido Aunque el jefe sea un zote, muy sufrido Y tal vez en pamplinas atareado.

Ropa decente, estómago vacío; Ir si lo manda el jefe, hasta el infierno Y tratar sólo del calor ó frío;

Cojer lo que le dan, aunque sea un cuerno. Nunca poder decir: esto es muy mío. Y cate usted pintado á un subalterno.

EL CASERO.

Vi delante de mí quien me asfigia De modo tal, que el alma atribulada; Cómo tímido, el pecho zozobrada; Cómo espantado, el corazón latía.

Al quererlo mirar me parecía Que horroroso dragón me amenazaba; Y creciendo mis ansias sospechaba Que un león en sus garras me tenía.

Tal vez me pareció perro rabioso, Si mas veía, lobo carnicero Por fin yo lo creí..... loco furioso;

Un poco me repongo y mirar quiero Quien es este fantasma, este coloso, Lo vi con atención y era..... el casero.

EL MEDICO.

Constípeme una vez..... ¿quién lo creyera Que el accidente á terminar llegara A que el médico cama recetara Y yo, cual Job, en ella padeciera?

Sangrías, ventosas, quiera yo ó no quiera Y aunque el cuerpo no sienta cosa rara Se creyó conveniente que tomara Todo el ajuar de una botica entera.

Llaman al confesor, al Escribano, En la parroquia tocan á agonía Y yo me muero aunque me siento sano.

Resuélvome á pensar: ¿de que moría? Vuelve y revuelve el médico..... ¡Ah tirano! Este era todo el mal que yo tenía.

ALEJANDRO.

CHASCARILLOS.

Varios médicos fueron invitados á una cacería en la que tambien tomaba parte un joven boticario.

Una vez colocados en sus respectivos apostaderos esperaron la casa.

De pronto un cervato se presenta en dirección del sitio en que se hallaba el farmacéutico.

Dos médicos que estaban en el apostadero próximo admirados de ver que no se hiciera fuego al cervato fueron á enterarse del porque de tal suceso.

El boticario estaba dormido.

—¡Hombre de Dios!—dijo uno de los médicos—¿por qué no mató Vd. al cervato?

—Porque no lo había Ud. recetado—contestó el interpelado— mi misión, es cumplir la prescripción de Vds.

—Señora, es Vd. encantadora, naturaleza ha sido pródiga dando el brillo de las estrellas á sus ojos, lo rojo de los corales á vuestros labios, lo.....

—No siga Vd, caballero, porque de lo contrario vamos á terminar porque soy un resúmen de los tres reinos de la naturaleza y de la astronomía.

Un pobre hombre, casado con una chica bastante guapa, pero coqueta y celosa como un demonio, estaba entregando las últimas cuentas, es decir, se moría.

Un muy su amigo que velaba á su cabecera:

—Yo necesito me perdones—decía al moribundo—he abusado de tu confianza, el amor.....yo.....ella.....

—Lo sabía—contestó el marido—cátsate con ella, ¡qué mas castigo!